

XI

DECLARACIONES

Fijóse la cita para el martes siguiente á las once de la mañana en el Salón Cuadrado. Durante el trayecto, que recorrió Susana en un coche de alquiler, pesaba por décima vez los peligros de su salida matinal.

—Si Desforges lo supiese, le diría que había ido á casa del dentista; ¿y si encuentro algún conocido? Aunque no es probable, le contaría lo estrictamente indispensable de la verdad.

Uno de los grandes principios de Susana era el de mentir lo menos posible, callarse mucho y no discutir más los hechos demostrados. ¡Cuántas mujeres se han encontrado como ella en la situación singular de poner la más compleja mentira al servicio de la sinceridad! En la presente, Susana temblaba como una colegiala, y también lo parecía en la exactitud con que llegaba al sitio. Tuvo un instante de desaliento ante la idea de que Renato llegase detrás y se viera ella en la precisión de preguntar por dónde se entraba al Museo que se vanagloriaba de frecuentar.

Pero al punto la discípula de Desforges exclamaba:—Seguramente hace media hora que me espera.

Y con efecto, en la puerta que da paso á la galería de Apolo divisó á Renato, apoyado precisamente debajo del noble cuadro de Veronés que representa á *Magdalena lavando los pies del Salvador*, y en frente de las célebres *Bodas de Canaam*, vestido con su traje más elegante y su levita más ajustada, aunque la mañana estuviese muy fresca; pero el abrigo único que poseía era de principios del invierno y no estaba confeccionado por el sastre de Larcher. De todas suertes, con su sombrero nuevo, sus guantes nuevos y sus botas nuevas, tenía un aspecto de hombre á la moda, que contrastaba bastante cómicamente con su figura romántica. Pero aunque el poeta se hubiese presentado aún más ridículo, Susana hubiese encontrado en este mismo ridículo nuevos motivos para quererle. Detúvose algunos segundos gozando de la ansiedad que expresaba aquel rostro de sedosa barba dorada y ojos de azul oscuro. Ella observó, alegrándose, que nadie podía presenciar el primer momento de la entrevista, pues además de ellos dos, sólo atravesaban por allí algún que otro pintor, que preparaba su trabajo, ó algún aficionado con la guía en la mano.

—¡Ah! temía que no viniese usted—dijo Renato conmovido.

—¿Por qué? ¿Me cree usted incapaz de levantarme temprano? Pues cuando voy á visitar los pobres estoy de pie y arreglada desde las ocho de la mañana.

Y permaneció callada un minuto, después de expresada con toda naturalidad aquella mentira, que sin embargo merecía entera fe al poeta. Y para sustraerse á una admiración que mortificaba su fingida sencillez, añadió:

—No se olvide usted que es hoy mi guía. Haré como el que no conoce ninguno de estos cuadros, y de este modo veré si tenemos los mismos gustos.

Renato, por su parte, pensaba:—¡Dios quiera que no le enseñe alguno que le dé mala idea de mí!

Y eso que conocía muy bien las salas grandes y pequeñas del Museo, donde tantos recuerdos de su juventud se le presentaban. Los nobles frescos de Luini, la poderosa Cruz Mantegna, los más adorables Rafaeles, y sobre todo los retratos, habían sido objeto de sus frecuentes peregrinaciones desde los de Holbein, Felipe de Champagne y del Ticiano hasta el de aquella mujer delicada y misteriosa de la escuela veneciana y que lleva una cifra en su cabellera, cifra que parece signi-

ficar Barbaseli, y Cecilia; romántica y trágica leyenda, que en otro tiempo había contado á Rosalía en el mismo sitio y delante del mismo retrato, y casi con las mismas palabras que ahora la contaba á Susana, sin más diferencia que esto: Rosalía alzó sus ojos hasta él, leyéndose en ellos claramente:—¿Cómo se puede hacer traición á la persona que nos ama?

Y Susana dijo:—Horroriza pensar que se puede mentir con una fisonomía tan pura.

Un extraño remordimiento se posesionó del poeta, mientras que la Moraines gozaba los deleites que su belleza producía en el acompañante. Esta respectiva situación de espíritu venía á traducirse mediante la perpetua comparación entre la presente y la ausente, en perjuicio de la Offarel, humilde y modesta, con tanto más motivo, cuanto que en Susana parecía reunirse al gusto estético más refinado el exquisito encanto de aspecto y de actitud, sobre todo cuando escuchaba lo que Renato le decía con un arte que hubiera engañado á los más hábiles entendidos en la mentira femenina.

La hora avanzaba, y el poeta se sentía conmovido por la excitación nerviosa que ocasiona una obra maestra al artista, por la culpable duplicidad que le amargaba y por el

sentimiento de que la hora dulce del momento se pasaba para volver á aquellas otras frias y negras. La espiritual epicúrea prolongaba el placer de esta entrevista con un hombre tan distinto de aquellos atrevidos y temibles vividores que componian su núcleo habitual. El sufrimiento y la pasión que estudiaba en la fisonomía de su querido Renato (como le llamaba ya en su interior), la decidió á provocar la declaración que tanto deseaba.

—¡Ay, Dios mío!—gritó de repente, apoyándose en la barra que está fija delante de los cuadros, y mirando al joven con sonrisa que parecía disimular un agudo dolor.—No es nada—añadió, viendo la alteración de Renato.—Me he torcido un poco el pie.

Y lo mostraba, manteniéndose derecha con solo una de sus piernas, y concluyendo de este modo:

—Diez minutos de descanso, y es cuestión concluida; pero tiene usted que servirme de bastón.

Y cogió el brazo del poeta, sin que él sospechara que tal accidente imaginario era un nuevo episodio en aquella amorosa comedia donde él representaba su papel de buena fe.

Todos los movimientos que Susana consideraba oportunos para embriagar al joven, los puso en ejercicio, consiguiendo su propó-

sito, y continuando el manejo hasta que llegaron al salón desierto y sombrío en que se ven los grandes cuadros de Lebrun sobre las victorias de Alejandro, en cuyo centro había un gran diván redondo de terciopelo verde.

El rincón había sido bien escogido por Susana, que dijo á Renato indicándole el mueble:

—¿Quiere usted que nos sentemos allí un instante? Ya voy mejor.

La emoción del joven aumentaba, y al mismo tiempo su angustia por el temor de que ella se marchara pronto. Esta timidez, la soledad, la media luz de la sala, hacían de la ocasión la mejor que á los ojos de Susana pudiera presentarse, y mientras él se sentía incapaz de hablar, le decía ella:—Está usted triste, lo he conocido desde que llegué; pero no soy aún bastante amiga suya para que me cuente sus penas.

—¡Cómo he de estar triste si sólo tengo motivos de felicidad!

Y ella le miraba con sorpresa como preguntándole qué motivos eran aquéllos.

Y Renato, sin atreverse á comprender, tanto era el miedo de desagradarla, confesándola el culto de su adoración, creyó conveniente salir con estas frases:

—Larcher me dice con frecuencia que no

tendré época más hermosa que la presente en mi destino literario. Según él, hay cuatro momentos en la existencia de un escritor: aquel en que lo ignoran, aquel en que se le aclama para desesperar á los que han llegado antes, aquel en que se le difama porque triunfa, y aquel en que se le perdona porque se le olvida. ¡Cuánto siento que no conozca usted mejor á Claudio! Le agradaría mucho. ¡Si usted supiese como ama las letras! Son para él una verdadera religión.

—Me parece demasiado cándido—dijo para sí Susana.

Pero muy interesada en el resultado de la entrevista para dejarse arrastrar por la impaciencia, se acogió á las palabras de Renato, interrumpiendo el inútil elogio de Claudio, y dijo:

—¡Una religión!... Es verdad, así sienten los artistas... Una de mis amigas me repite siempre, por una melancólica experiencia, que la mujer no debiera jamás querer á un artista, porque por encima de todo, ama su arte.

El tono con que expresó su pensamiento era el de un alma que presiente lleguen para ella dolores semejantes.

—La que está triste es usted.

—Vamos — pensó Susana. Y contestó en

alta voz:—Dejemos eso. ¿Qué le pueden importar á usted mis tristezas?

—¿Cree usted, pues, que su persona sea para mí indiferente?

—Indiferente... no; pero cuando usted me deje, pensará usted en mí como en una persona simpática encontrada por casualidad y olvidada del mismo modo.

Nunca había parecido tan deliciosa esta mujer á Renato pronunciando palabras que eran el último extremo que podía permitirse para no destruir la obra. Su mano enguantada hallábase sobre el diván de terciopelo y muy cerca del joven: cogióla éste, y ella no la retiró, dándose aires de no apercibirse de aquella libertad.

Renato apretó la mano, y como ella no le rechazara, comenzó á decir con una voz sorda, más por la emoción que por la prudencia:

—Sí, debe usted pensar eso, y yo no tengo el derecho de extrañarme. ¿Por qué había usted de creer que los sentimientos que me inspira son de otro género que aquellos que manifiestan las gentes que usted trata? Y sin embargo, si yo le dijese á usted que desde el día en que hablamos en casa de la de Komof, mi vida ha cambiado para siempre (no sonrío usted); si yo le dijese que sólo he alimentado un deseo, el de volver á verla; que he subido

á la casa de usted con el corazón sobresaltado; que cada hora desde entonces aumenta mi locura; que he llegado aquí hoy con un entusiasmo inmenso, y que voy á dejar á usted con una desesperación horrible... Usted no me cree... Esto sólo se ve en las novelas; pasiones que invaden el alma entera de repente y para siempre...

Se detuvo con esa extraña impresión que nos produce haber contado nuestro secreto precisamente á la persona á quien deberíamos callarlo. Escuchábale Susana con la mirada fija al frente, como ensimismada; pero sus párpados temblaban, acortábase su respiración y su pequeña mano temblaba en la mano de Renato. Sorprendido éste y embriagado, se sintió con valor bastante para continuar.

—Cuando he visto á usted por primera vez me parecía reconocerla en la mujer que yo había soñado... dirá usted de mí lo que quiera, pero la idolatro á usted.

Susana dejó caer dos lágrimas lentas y dulces que acabaron de volver loco al pobre joven, que sin duda ignoraba que la mayoría de las mujeres lloran siempre que quieren, con tal que sean algo nerviosas.

—Llora usted... quizás...

—Silencio—exclamó Susana poniéndole su

mano sobre la boca, y retirándose sin apartar de él los ojos, en que la pasión se mezclaba á una especie de admiración espantada. — Sí, me ha conmovido usted, haciéndome descubrir abismos que yo no sospechaba, tengo miedo de usted, de mí, de estar aquí... no debemos volver á vernos... no soy libre... no debía haber escuchado lo que escuché.

Y después de un momento de silencio, tomó ella la mano de Renato, y añadió:

—¡Por qué mentir!... todo eso que usted siente, lo siento yo tal vez... yo no lo sabía, lo juro, antes de este minuto... la simpatía que me ha traído hasta aquí, ahora la comprendo, y es que el corazón se deja sorprender.

Corrieron de nuevo sus lágrimas, y Renato, trastornado por lo que veía, por lo que oía, dijo:

—Al menos, perdóneme usted.

—Sí, le perdono—contestó Susana estrechando su mano hasta hacerle daño.

Y agregó en tono serio:

—También yo le amo á usted...

Y como quien despierta de un sueño:

—Adiós; le prohibo que me siga; es la última vez que nos hablamos.

Levantóse su frente amenazadora, las miradas de honor ultrajado, y ya no había ni

torcedura de pie ni abandono; yéndose de tal modo airada, que el joven, aplastado por la escena, la dejó marchar sin hacer nada para detenerla. Algunos minutos más tarde se lanzó detrás, pero no la vió. Mientras tanto, Susana subió á un carruaje que la llevaba hacia la calle de Murillo, maliciosa y enternecida, soñando en visitarle allí en aquel interior, tan tranquilo, tan discreto, tan retirado, que Renato le había descrito. Seguramente le enviaría una y dos cartas á que no contestaría, y á la tercera ó á la cuarta, simulando que tenía un proyecto de suicidio, iría á su casa para salvarlo.

La ironía de la suerte hizo que en aquel momento divisara al Barón Desforges que iba á casa de Susana á pedirla de almorzar. Miró su lindo reloj y eran apenas las doce y veinte; volvía á tiempo, y después de la dicha de aquella mañana, sintió un placer exquisito en bajar la cortina de la portezuela cuando pasó por cerca de aquel otro hombre, que no llegó á verla.

XII

LEALTAD CRUEL

—Me ama, y nunca me perdonará la confesión que le he arrancado—se dijo Renato al salir del Museo, presa de las más hondas emociones.

Susana, por consiguiente, no sólo no dejó caer sus alas de ángel con la declaración, sino que, por el contrario, las desplegó hasta el infinito al volar. El poeta abrigaba la triste convicción de que el propósito de no volverse á ver anunciado, era realmente sincero, y de aquí su pesar inmenso. Tomó un coche y se hizo llevar á Saint Cloud, sintiendo un placer salvaje en emboscarse cuando llegó, y á través de los troncos negros y de las desnudas ramas, apercibía la melancólica ruina del antiguo castillo en que la señora de Moraines había visto en otros tiempos pasearse al desdichado y noble Príncipe muerto en el Cabo. Pero estas impresiones no le apartaban de la idea fija que le perseguía. ¿Cómo ver de nuevo y torcer la voluntad de Susana? Ni forzar la puerta de su casa, ni buscarla en los salones